

VI – LOS MALES DEL TEATRO

DE LO QUE AHORA LLAMAMOS DRAMATURGIA ... y otras confusiones.

Que el teatro vive un cierto desprestigio o una situación digamos “delicada”, nadie lo duda. Le han salido a este hermoso y antiguo género serios competidores que están en la mente de todos; pero contra lo que pudiera parecer, no son ni el cine ni la televisión los más acendrados enemigos del arte escénico, aunque sí, aparentemente, los más próximos. Al teatro, a mi entender, lo he dicho ya en más de una ocasión, le han torpedeado, le están torpedeando, desde dentro, con auténtica alevosía además, con insistente e incomprensible empeño al intentar hacer de él otra cosa de lo que es. El teatro, arte milenario, tiene las reglas de su propia dinámica, de su propia esencia, y si esa esencia se desvirtúa, corre el peligro de una mutación ni deseable ni lograda.

El cine, al igual que la fotografía respecto a la pintura, ha trastocado en infinitos casos la esencia de lo teatral: ¿para qué sirve el teatro si una película puede plasmar de manera más compleja y completa una serie de mundos y comportamientos? Y este impacto de lo cinematográfico, ha dislocado y descolocado la delicada trabazón del arte escénico.

Una representación teatral es algo muy complejo y muy simple a la vez: el teatro, aunque ahora se empeñen en lo contrario, no precisa de complicadas tecnologías. Es un arte de dentro a afuera y no al revés: un arte compuesto de un texto, unos actores y poco más. Hasta, si me apuran, se puede prescindir de decorado. Si los actores hacen la representación creíble, el espectador se olvida de todo lo demás. Así pues, el fenómeno del teatro obedece a un mecanismo grandioso pero sencillo, y estos mecanismos, precisamente por su sencillez y sutilidad, son fáciles de romper. Y equivocadamente, a mi juicio, se ha intentado traspasar al teatro en absurdo mimetismo, la esencia del cine, los mecanismos propios de un mundo de imágenes. Siguiendo este nuevo planteamiento, se intenta que el espectador se interese más POR LO QUE VA A VER QUE POR LO QUE VA A ESCUCHAR Y A ENTENDER, y esto es atacar y romper la esencia misma del género. Muchos directores, demasiados, han colaborado en esta mixtificación, emulando sin duda la capacidad de autoría del director cinematográfico, sin darse cuenta de que el director de teatro es otra cosa, debe ser otra cosa, algo así como la segunda piel de un texto. Para conseguir ese protagonismo casi autoral y ese mimetismo pseudocinematográfico, han convertido la puesta en escena en el auténtico y único objetivo del montaje, enmascarando demasiadas veces el mensaje textual del autor, y creando serios desajustes entre texto y representación.

Sin embargo, con ser grave, ahí no para la cosa. Las audacias y confusiones sobre lo que debe ser el teatro, se incrementan con la llegada de un nuevo personaje al que se denomina “dramaturgo” o dramaturgista, y que por supuesto no es el autor, (por lo general, ni siquiera escribe teatro), sino quien se encarga de confeccionar la “dramaturgia” de un texto. ¡ Dramaturgia de un texto! ¿ Es que puede

haber algún texto teatral que no tenga dramaturgia? ¿ No es la dramaturgia algo inherente y propio a todo texto dramático y de ahí el nombre de dramaturgo a quien los escribe? ¿ Por qué inventar otra nueva y confusa función? ¿ No les bastaba ya con los directores-autores-arregladores-versionadores?... ¿ Es que de verdad alguien cree que se puede escribir teatro sin hacer dramaturgia y nada más que dramaturgia? ¿ Es que los santones de la cultura están dispuestos a desposeer al autor teatral de todas sus auténticas y propias funciones?

Todo texto dramático, tiene implícita su dramaturgia creada por su autor en los giros, en el ritmo, las pautas, los diálogos, las acotaciones... Todo, todo eso es dramaturgia, ¿ o qué es? ¿ Cómo se come, sino? La dramaturgia en un texto es lo que el color a la forma y por tanto huelga un segundo planteamiento del dramaturgista o dramaturgo foráneo. Lo que hoy se viene llamando dramaturgia o dramaturgo en un programa teatral es el “tour de force”, el golpe de gracia para acabar con el prestigio y la labor del autor y un peligroso acecho a todo texto dramático. ¿ De veras es necesaria esa función, o es simplemente una forma de engordar, complicar y encarecer los repartos? Porque los dramaturgistas o dramaturgos, generalmente, no escriben teatro. Pero cobran. ¿ De veras se necesita tanto elenco para levantar un telón?

Al teatro le sobran cosas, excesos, complicaciones, burocratización, y sobre todo, intermediarios. El excesivo coste de las producciones por el incremento de elementos innecesarios, y sobre todo el desprestigio del autor del que en cierta manera somos culpables por hacer respecto a nuestra función demasiadas concesiones, lo que casi nos ha llevado a una verdadera suplantación, y extinción, son varias de las cosas que han puesto al teatro contra las cuerdas. La confusión es mala para cualquier cosa y también para

el teatro. Santones de la pedantería, reiventando generalmente en su provecho lo que debe ser el teatro, han dejado su amargo fruto y alejado a un público fiel del patio de butacas. Pedantería y ¡ cómo no! frivolidad, han hecho su agosto en esta labor del desmantelamiento de las esencias teatrales y del alejamiento del público.

Confusión, frivolidad, pedantería...

Será muy difícil recomponer lo roto.

Carmen Resino

En: *La fiera literaria*. Febrero 2007. Págs. 17,18.